N.º 51

UN CONVITE
EL PARAGÜERITO

5374

GALERIA DRAMATICA SALESIANA

NIÑOS. NUM. 51

UN CONVITE

JUGUETE COMICO EN UN ACTO
Y EN PROSA

POR

D. FABIÁN JORGE RAMOS, PBRO.

SEGUNDA EDICIÓN

BARCELONA
LIBRERIA SALESIANA
APARTADO 175

: ES PROPIEDAD :
Con las debidas licencias

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA.—BARCELONA (Sarriá.)

PERSONAJES:

GUTIERREZ, hambriento.
DON RAMON, cesante.
LUIS, amigo de Gutiérrez.
MANOLO, estudiante.
ENRIQUE, estudiante.
PEPE, camarero de la fonda.
Vendedor de periódicos.
Limpiabotas.

La escena se desarrolla en Madrid.

Epoca actual.

Trajes del día.

COSAS NECESARIAS PARA LA REPRESENTACION

En la escena: Lo necesario para el servicio de una fonda.

A Pepe: en la escena II una servilleta; en la escena III, servicio de café y un lapicero; en la escena VI, una fuente con chuletas; en la escena VII un servicio para cena; en la escena VIII, un reloj; en la escena XVI, un plato de postre.

A Don Ramón: en la escena IX, una moneda.

Al Vendedor: en la escena IV y XII, periódicos.

Al limpiabotas: en la escena XV, la caja de enseres.

ACTO ÚNICO

Comedor de una fonda modesta en el piso bajo del edificio. Al foro puerta que comunica con la calle; otra puerta lateral de acceso a las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA

MANOLO y ENRIQUE. Son dos pupilos de la casa. Al levantarse el telón, aparecen sentados a una mesa, cenando.

Manolo.—¿Y qué tal te va pareciendo la nueva vida?

Enrique.—Mala, chico; a mí esto no me gusta.

Manolo.—Es que has visto muy poco. Ya te irás acostumbrando.

Enrique.—Yo estaba más a mis anchas en la casa de huéspedes. La vida de fonda es buena para el que pueda estar en un buen hotel; pero en estas fonduchas se come tan mal como en la peor casa de pupilos.

Manolo.—Ya verás como cambias de opinión.

Enrique.—Cambiaré de opinión cuando cambien de edad estas chuletas...

Manolo.—Allá va la cosa. ¿Te quejas porque está dura esta carne?

Enrique.—Y tan dura, que no puedo con ella.

Manolo.—¿No puedes? Pues haz un poder; por algo estudias la carrera del Notariado.

Enrique.—Es que son muy viejas estas chuletas. Los únicos que se las arreglarán con ellas son los archiveros.

Manolo.—De todos modos no te apures; yo las comeré.

Enrique.—Eso es otra cosa. Antes de quedarme sin cenar, soy capaz de dar sepultura en mi estómago a estas momias escapadas de las Pirámides.

Manolo.—Vamos. ¡Que ya las habrás comido peores!

Enrique.—¡Pero... las hay peores? Sí, ahora es cuando me explico cómo pueden vivir en Madrid tantos dentistas.

Manolo.—¡Anda guasón! Que parece que no te mueve el aire... Digas lo que quieras, aquí se goza, aquí se vive, entras cuando quieres, sales cuando te da la gana, nadie se mete en tus cosas, y...

Enrique (*Interrumpiéndole.*)—Y, ¡viva la libertad!

Manolo (*Aplaudiendo.*)—Así, así. Muy bien.

ESCENA II

Dichos y PEPE, entra por la puerta lateral

Pepe.—¿Qué desean?

Manolo (*Con extrañeza.*)—¿Nosotros?

Enrique.—Vienes equivocado.

Pepe.—Como oí que daban unas palmadas.

Manolo.—No...

Enrique.—Es verdad. (*A Manolo.*) Tú las has dado.

Manolo.—Ah, sí. Ya no me acordaba.

Pepe.—De todos modos... si no me necesitan.

Manolo.—Hombre, para que no pierdas el paseo, sírvenos café.

Enrique.—(No será porque la cena lo merezca.)

Pepe.—Al momento. (*Sale por la puerta lateral.*)

Manolo.—Sí; que hay prisita.

ESCENA III

Dichos y después PEPE

Enrique.—Pero... ¿A qué viene ésto?

Manolo.—Por darle a ganar algo al camarero.

Enrique.—Yo no quiero café.

Manolo.—Si prefieres té, díselo, y te lo servirá.

Enrique.—No es eso; es que el café no entra en el pupilaje, y yo no tengo dinero.

Manolo.—Ni yo tampoco.

Enrique.—Entonces no lo tomo. (*Llamando.*) ¡Pepe!

Pepe (*Dentro.*)—Va al momento. ...

Manolo.—Calma, hombre de Dios, calma. ¿Pero tú crees que hace falta dinero para tomar café? Siéntate y calla.

Pepe (*Entra con el servicio de café.*)—¿Dónde quieren que se lo sirva?

Manolo.—Aquí mismo.

Pepe (*Retira de la mesa el servicio de la cena y coloca las tazas del café. A Manolo.*)—¿Lo toma usted solo?

Manolo.—No, en compañía de Enrique. (*Se lo sirve.*)

Enrique.—Yo con leche. (*Se lo sirve*).

Vendedor (*Voz fuera.*)—Imparcial, Liberal, Heraldo, La Tribuna... El Mentidero..! (*Los estudiantes toman el café.*)

Manolo.—Oye, Pepe; alárganos un dominó,

Enrique.—¿Qué vas a hacer con el dominó?

Manolo.—Jugarte el café a una partida.

Enrique.—Corta tiene que ser porque ya es tarde.

Pepe.—¿Lo traigo?

Manolo.—Sí. (*Va el camarero a buscar el dominó terminando entre tanto los estudiantes el café.*)

Pepe.—Un dominó. (*Comienzan a jugar. El camarero se queda a un lado de la mesa observando la jugada. Los actores contarán de modo que gane Manolo.*) Buen cierre.

Manolo.—Para que vaya aprendiendo este pipiolo. Apunta.

Enrique.—Apunta tú, que yo no tengo lapicero.

Manolo.—Pepe, déjanos un lapicero.

Pepe (*Le da un lapicero.*)—Como ese.

Manolo.—Gracias.

Pepe.—De nada.

Manolo.—¿A cuántas?

Enrique.—A veinte... (*Manolo escribe, y siguen jugando en las escenas siguientes.*)

ESCENA IV

VENDEDOR de periódicos y Dichos

Vendedor (*Entrando.*)—Imparcial, Liberal, Heraldo. Buenas noches.

Pepe.—Hola, mocito.

Vendedor.—El mentidero... Hoy viene bueno.

Pepe.—Venga. Habrá que leerlo.

Vendedor.—¿No está ese señor que me compra La Tribuna?

Pepe.—Todavía no ha llegado.

Vendedor.—Entonces voy a dar una vuelta en lo que viene. (*Trata de salir.*)

Manolo (*Llamando al vendedor.*)—¡Oye, chico!

Vendedor.—¿Es a mí, señorito?

Manolo.—Cabal. ¿Qué periódicos taurinos llevas?

Vendedor.—«Sol y sombra,» «Respetable público,» «El fenómeno,» «The Kon leche».

Manolo.—¿The Kon leche?

Vendedor.—Sí, señor.

Manolo.—Pues sírveme una tacita con azúcar.

Vendedor (*Enfadado.*)—Los hay marmóreos. (*A Pepe.*) Maestro, ¿está aquí a pupilo esta caricatura de pollo?

Pepe.—Sí.

Vendedor.—¿Sí? Pues ya pueden despedir la rolla, que sabe hacer chistes el niño... ¡Valiente asaúra!

Manolo (*Amenazándole.*)—Si voy allá...

Vendedor.—Qué va *usté* a venir...

Manolo.—Como me levante...

Vendedor (*Desde la puerta.*)—Venga acá; niño gótico, fantoche, mamarracho, poca...

Manolo.—Espera, espera. (*Se levanta y huye el chico.*)

Enrique (*Deteniendo a Manolo.*)—Déjalo, hombre; no le hagas caso.

Pepe.—Vuelva usted a por uvas.

Manolo.—¡Se habrá visto..!

Enrique.—Y el chiquillo debe tener un diccionario de motes para su uso particular... Parece que le han dado cuerda.

Vendedor (*Desde la puerta y escapa.*)—¡Señorito! La Corespondencia.

ESCENA V

Dichos

Manolo.—¡Cómo te coja..!

Enrique.—Es mejor no hacerle caso. ¿Robo todas las fichas?

Manolo.—Sí, róbalas.

Pepe.—Mal le da a usted, Enrique.

Enrique.—Si éste es un manazas..; así gana cualquiera...

Manolo.—¡Ay, hombre! No nos hemos acordado de Estévez, que nos estará esperando.

Enrique.—Y buen plantón que le hemos dado. ¿Qué hacemos.

Manolo.—Vaya una pregunta. Irnos en su busca ahora mismo. Mira, Pepe; no borres la cuenta, que tenemos que acabar mañana la partida.

Pepe.—Descuide, usted.

Manolo.—Vamos andando, Enrique. Hasta luego.

Enrique.—Adiós.

Pepe.—Vayen ustedes con Dios. (*Salen Manolo y Enrique por el foro*).

ESCENA VI

PEPE solo

Pepe.—Es una manera bien disimulada de marcharse sin pagar los cafés. Si me habrán tomado por bobo estos señoritos? Apuntaré los cafés, no se olviden. (*Registra los bolsillos buscando el lapicero.*) ¡Toma! ¿Y el lapicero? Se lo ha llevado el señorito Manolo... Aquí como se descuide uno... Mañana nos entenderemos. Voy a prepararle la cena a don Ramón, que debe estar llegando, y

no le gusta esperar. (*Sale por la puerta lateral, y vuelve trayendo una fuente llena de chuletas.*) Don Ramón lo entiende. Pocos platos, pero bien repletos.

ESCENA VII.

Dicho y GUTIERREZ

Gutiérrez (*Entra por el foro. Tiene tipo de hambriento,*)—¿No encontraré algún prójimo que convide? Yo tengo que arreglarme de algún modo para cenar; que un día entero sin probar bocado es mucha carga para uno que está débil.

Pepe (*Viendo a Gutiérrez.*)—Muy buenas noches, caballero.

Gutiérrez.—Muy buenas. (¡Me llama caballero! Este no me ha mirado bien; o es un cobista.)

Pepe.—¿Desea tomar alguna cosa?

Gutiérrez.—Ya lo creo; con mucho gusto.

Pepe.—¿Le traigo la lista o prefiere cenar a mesa redonda?

Gutiérrez.—Yo ceno aunque sea de pie; lo mismo me da. ¿A qué hora se cena?

Pepe.—A las nueve y media.

Gutiérrez.—(Algo tarde es, pero quien ha esperado tanto.) (*A Pepe.*) Me esperaré, porque he quedado citado aquí con un compañero.

Pepe.—(Entonces es el compañero el que paga.) (*A Gutiérrez.*) Siéntese usted.

Gutiérrez (*Se sienta.*)—Muchas gracias. (Me da pena darle el mico a este pobre, pero no hay remedio... lo primero es lo primero.)

Pepe.—Con su permiso, voy a servir la mesa a un

parroquiano, que suele venir con los minutos contados.

Gutiérrez.—Por mí no deje sus obligaciones.

Pepe (*Saliendo por la puerta lateral.*)—(Este no tiene cara de comer en fonda.)

Gutiérrez.—Se arregla la cosa mejor de lo que yo pensaba. Si ese señor trae los minutos contados, dejará algo en los platos, y con las sobras me conformo.

Pepe (*Entra con el resto del servicio para la cena.*)

Gutiérrez (*Observando la fuente de chuletas.*)—(¡Santo Dios! ¿Pero es posible que un hombre solo pueda comerse tantas chuletas?) ¿Y quién dice usted que es ese señor?

Pepe.—Don Ramón; un cesante de Hacienda.

Gutiérrez.—¿Cesante ha dicho usted?

Pepe.—Sí, señor.

Gutiérrez.—(Adiós mis ilusiones... Si es cesante, se come todas chuletas.)

Pepe.—¿Le conoce usted?

Gutiérrez.—Creo que sí... digo.

Pepe.—Le tiene usted que conocer. Es uno que acompaña al teatro todas las noches a un tío suyo, que es paralítico.

Gutiérrez.—Tengo una idea, sí. El tío está bien portado...

Pepe.—Es un militar retirado, y creo que ha hecho muy buena carrera.

Gutiérrez.—Entonces por eso no puede andar ahora... Estará cansado... Y el sobrino es grueso...

Pepe.—Bastante; sí, señor

Gutiérrez.—(Es claro; comiendo de este modo, tiene que estar para estallar.) Hace tiempo que nos tratamos.

Pepe (*Viendo entrar a don Ramón.*)—Ahí lo tiene usted.

ESCENA VIII

Dichos y DON RAMON, entrando por el foro

Ramón.—Buenas noches.

Gutiérrez y *Pepe.*—Muy buenas.

Pepe.—Parece que se ha descuidado usted.

Ramón.—Me han entretenido unos concejales de un pueblo.

Pepe.—Usted siempre con negocios.

Ramón.—Pues suele traerse cada comisión...

Pepe (*Mirando el reloj.*)—Le advierto que son ya las nueve.

Ramón.—Y mi tío estará consumiéndose.

Gutiérrez.—(A éste le como yo la cena.) Las nueve dadas hace rato.

Ramón (*A Pepe.*)—Sírveme pronto.

Pepe.—Ya está esperándole la cena.

Ramón.—Me alegro. (*Se sienta a la mesa.*)

Pepe.—¿Manda algo más?

Ramón.—Ahora nada.

Gutiérrez.—(Se va el camarero. Este cae.)

Pepe.—Voy a preparar la mesa del otro comedor. (*A Gutiérrez.*) El señor avisará.

Gutiérrez.—Vaya usted tranquilo. (*Sale Pepe por la puerta lateral.*)

ESCENA IX

DICHOS

Ramón (*Disponiéndose a cenar.*)—¿Usted gusta?

Gutiérrez.—Buen provechito.

Ramón.—Gracias.

Gutiérrez.—(Voy a darle el asalto.) Al verle a usted ponerse a cenar tan tranquilo, comprendo que ignora usted, la novedad que ocurre.

Ramón.—¿Qué es ello?

Gutiérrez.—Yo le ruego que no se asuste, que tome las cosas con calma, porque...

Ramón.—¿Pero quiere usted hablar?

Gutiérrez.—(Allá va eso.) Acaba de ser atropellado su tío por un coche de punto en la calle del Arenal.

Ramón.—¡Mi tío atropellado! Imposible; si no sale nunca de casa, sin que yo le acompañe.

Gutiérrez.—(A que no traga el anzuelo.) Yo me limito a cumplir el encargo, que me han dado en el mismo sitio en que ocurrió el hecho.

Ramón.—De cualquier modo, cenaré, y marcho al momento, porque un coche de punto no puede haberle hecho mucho daño.

Gutiérrez.—(Todavía no deja la cena.) Mucho no. Porque aunque la fractura de la pierna dicen los médicos...

Ramón.—¿Hay fractura de una pierna y dice que no es mucho daño? Hombre, me gusta la frescura. ¿Cómo ha consentido usted que me siente a cenar tan tranquilo?

Gutiérrez.—No me atreví a decirle lo que ocurría así de repente. Por lo demás, decían los médicos que no era nada lo ocurrido comparado con lo que puede ocurrir.

Ramón.—Comprendo su delicadeza, y la agradezco. ¡Pobre tío Voy inmediatamente. Usted con estas cosas no habrá cenado, ¿verdad?

Gutiérrez.—No, señor; no he tenido tiempo.

Ramón.—Pues ocupe mi puesto, ya que no tendrá prisa.

Gutiérrez.—No me atrevo...

Ramón.—Siéntese a cenar; lo mando yo. Pues no faltaba más... Después del interés que se ha tomado. (Parece un pobre diablo.)

Gutiérrez.—Si usted se empeña... (*Ocupa la silla de don Ramón.*)

Ramón.—Y para que vea que soy agradecido, reciba este pequeño obsequio. (*Le da una pieza de dos pesetas.*)

Gutiérrez.—Eso es demasiado...

Ramón.—Nada, hombre. Tome usted café para que le siente mejor la cena. Adiós.

Gutiérrez.—Vaya usted con Dios. Y que no sea nada.

Ramón.—Así sea. (*Sale por el foro.*)

ESCENA X

GUTIERREZ solo

Gutiérrez.—Señores... y qué pesado se hacía el señor. Bien se conoce que acompaña a su tío paralítico. Por más que esta cena es capaz de pegar a uno a la silla. Gutiérrez, a cenar. No venga de vuelta don Ramón, así que descubra el embuste. Lo que tiene el hombre que ingeniarse para buscar el pan nuestro de cada... noche, porque de día no lo he probado. No está malita esta chuleta; algo dura; pero más dura es el hambre.

ESCENA XXI

Dicho y PEPE, entrando

Pepe.—Hombre, ¿le ha dejado don Ramón de sustituto?

Gutiérrez (*Comiendo.*)—Entre dos que bien se quieren...

Pepe.—Por lo visto, se conocían ustedes.

Gutiérrez.—Nos tocamos algo.

Pepe.—¿Resultan ahora parientes?

Gutiérrez.—Sí, señor; don Ramón me ha resultado primo.

Pepe.—¿Y usted sin saberlo?

Gutiérrez.—Ahí tiene usted; así son muchas parentelas.

Pepe.—Cuánto me alegro. Con que primo de Don Ramón.

Gutiérrez.—Eso es. Don Ramón primo mío.

Pepe.—Por muchos años.

Gutiérrez.—Muchas gracias. (Ni tampoco por media hora.)

Pepe.—Ya tendré el gusto de servirle más días.

Gutiérrez.—Creo que no. Hoy he venido por casualidad.

ESCENA XII

Dichos y VENDEDOR de periódicos, entrando por el foro

Vendedor.—Imparcial, Liberal, Heraldo... ¿No ha venido ese señor?

Pepe.—Sí pero se ha vuelto a marchar.

Vendedor.—Me ha *fastidiao*... ¿Qué hago yo ahora con la tribuna?

Gutiérrez.—¿Era para Ramón?

Pepe.—Sí, señor.

Gutiérrez.—Entonces, tráela, yo se la daré. (Haré yo el primo también.)

Vendedor.—Tenga usted. (*Le da el periódico.*)

Gutiérrez.—Cóbrate. (*Le entrega las dos pesetas.*)

Vendedor.—Yo no tengo cambio. (*A Pepe.*) ¿Cambia *usté*, maestro?

Pepe—Venga. (*Mira la moneda.*) Esta moneda es falsa.

Gutiérrez.—¡Falsa!

Pepe.—Sí, señor.

Gutiérrez.—Pues no hay otra. Toma tu periódico, chico.

Pepe.—(Buena propina me espera.)

Vendedor.—¿Sabe usté que en esta casa parece que se han propuesto darme la lata?

Pepe.—Lo que te dan es el plomo, si te descuidas, niño.

Vendedor.—Si era cosa de meterle los periódicos por las narices. ¿Pero cree *usté* que los he robado?

Gutiérrez.—Lo que creía es que eran buenas las pesetas.

Vendedor.—Se necesita tupé para ciertas cosas. (*A Pepe.*) Buenas noches, maestro.

Pepe.—Salú y suerte.

Vendedor (*Saliendo.*)—Como de todos los viajes saque lo que de este... (*Se marcha pregonando los periódicos.*)

ESCENA XIII

DICHOS

Pepe.—¿Manda algo?

Gutiérrez.—Por ahora nada.

Pepe.—Cuando desee tomar el postre, haga el favor de avisar.

Gutiérrez.—Así lo haré. (*Sale Pepe.*) Anda, ya puedes ir abriendo el ojo, y ver cómo está el mundo. Me tenía por el punto más vivo de la corte, y me he dejado engañar como un pichón alicorto. Si me llego a dar cuenta de la generosidad de don Ramón, le digo que había muerto su tío, y lo había desheredado. Nada, que el día que le eche la vista encima le tiro las dos pesetas en la cara. Gracias a que las chuletas no son falsas. En fin, un traguito para matar el mal humor. (*Bebe.*) Ajajá.

ESCENA XIV

GUTIERREZ y LUIS, entrando por el foro

Luis.—Amigo Gutiérrez, desde la acera de enfrente te he visto, y no he podido menos de venir a saludarte.

Gutiérrez.—Nunca hay dicha completa. Ya podían haber cerrado la puerta.

Luis.—No seas desagradecido. Si supieras el placer que me ha causado verte.

Gutiérrez.—Sí, verme comiendo. Si te conozco de sobra. Vamos, echa mano al plato, que ya sabemos lo que es necesidad.

Luis (*Sentándose a la mesa.*)—Gracias, Gutiérrez; eres mi providencia.

Gutiérrez.—Hombre, no *desajeres.* ¿Has visto alguna vez a la providencia con estas trazas?

Luis.—Quiero decir que eres un buen amigo.

Gutiérrez.—Y que lo digas.

Luis.—Yo también sabré corresponder el día que pueda.

Gutiérrez.—Sabes que noto que tienes más hambre que yo.

Luis.—Porque yo empiezo, cuando tú acabas.

Gutiérrez.—¿Cuánto hace que no comes?

Luis.—Desde anoche.

Gutiérrez.—Mal anda el asunto. Y eso que has sido tenedor de libros.

Luis.—¿Pero tú has visto cosa más triste que un tenedor sin comida.

Gutiérrez.—No me digas chistes, que no llevo dinero suelto.

ESCENA XV

Dichos y LIMPIABOTAS

Limpiabotas (*Asomándose.*)—Se limpian los botas... Se da coba fina. Señorito, ¿se las limpio?

Gutiérrez.—Bueno, límpialas.

Limpiabotas (*Entra y se pone a limpiar las botas de Gutiérrez.*)—Andando.

Gutiérrez (*A Luis.*)—También a ti puede limpiártelas.

Luis.—Pero a mí me las limpiará a mitad de precio.

Limpiabotas.—Señorito. ¿Le tiño también el calcetín?

Gutiérrez.—No me fastidies.

Limpiabotas.—Como asoma por este roto. (Vaya una pareja de parroquianos. Vale más el betún que las botas.)

Gutiérrez.—¿Y qué tal el oficio?

Limpiabotas.—Por los suelos. Ya ve usted. Parecemos aviadores después de aterrizar.

Gutiérrez (*A Luis.*)—Ahí tienes un buen oficio para ti.

Luis.—¿Cuál? ¿El de aviador?

Gutiérrez.—No, hombre. El de limpiabotas.

Luis.—Tú no me conoces. Con lo que sueño yo elevarme sobre el nivel de los demás...

Gutiérrez.—¿Tú?

Limpiabotas.—Déjele usted elevarse; que con la humedad que hay, no puede poner los pies en el suelo.

Luis.—¿Por qué lo dices?

Limpiabotas.—Por nada.

Gutiérrez.—Es de chunga el muchacho.

Limpiabotas.—Cuesta poco el ser alegre. Ya está usted servido.

Gutiérrez.—Sirve ahora a este señor.

Limpiabotas.—Volando. (*Cambia la tajuela y comienza a limpiar las botas de Luis.*)

Luis.—¡Cuándo se habrán visto mis botas en otra!

Gutiérrez. (*Se levanta*).—Paga tú al muchacho.

Luis.—Oye, chico. Ya puedes buscar otro campo de aviación. No aterrices aquí con tu monoplano.

Limpiabotas.—Pues...

Luis.— Que no hay dinero.

Gutiérrez.—Toma, hombre. (*Le da las dos pesetas*). (A ver si éste tiene mejor suerte con ellas).

Luis.—¿Y la cena?

Gutiérrez.—Ya está pagada. Cuando yo convido.

Luis.—Chócala rumboso. Ya sabré corresponder.

Gutiérrez.—Bueno, cuando quieras el postre, lo pides. Voy a dar una vuelta.

Luis.—¿A dónde vas?

Gutiérrez.—Ya puedes suponerte. Y no dejes de llevarme lo que te sobre ¿eh?

Luis.—Descuida.
Gutiérrez.—Vaya, adiós. (*Saliendo.*)
Luis.—Adiós.
Limpiabotas.—Vaya con Dios.
Gutiérrez (*Desde la puerta.*)—Por hoy ya cenamos.

ESCENA XVI

Dichos y PEPE. Limpiabotas continúa limpiando las botas. Luis golpea con el cuchillo en un vaso.

Pepe (*Entrando.*)—¿Qué desea? (*Viendo a Luis.*) (¡Toma! Este es otro.) ¿Y el caballero que estaba aquí?
Luis.—Me ha dejado de suplente... ¿No había pagado la cena?
Pepe.—Sí, señor; la cena ya está pagada. (Este tiene peor facha que el otro... Me quedaré por aquí, no sea que desaparezcan hasta los cubiertos.)
Luis.—¿Me hace usted el favor de traerme postre?
Pepe.—Sin favor. (*Sale.*)
Limpiabotas.—Ahora me explico por qué quería usté que le limpiara las botas a mitad de precio. Si no tienen más que rotos.
Luis.—Como que yo no daba ni un céntimo por limpiarlas.
Limpiabotas.—Ni yo tampoco.
Pepe (*Entrando.*)—El postre.
Limpiabotas.—Ya está usté servido. (*Se levanta.*)
Luis (*Dándole las dos pesetas.*)—Cobra lo de los dos.
Limpiabotas (*Mirando la moneda.*)—Me parece que no.
Luis.—¿Por qué?
Limpiabotas.—Porque no me gusta la moneda. (*Dándoselas al camarero.*) ¿Qué le parece a usted?

Pepe.—Que son falsas... Pero si estas pesetas las quiso pasar el otro...

Luis.—¡Que son falsas estas pesetas! Pues ya has visto que no eran mías; me las acaba de dar el compañero.

Limpiabotas.—Esas cuentas para ustedes. Vengan dos reales de los dos servicios.

Luis.—¡Dos reales! Si yo tuviera dos reales...

Pepe.—(Vaya unos amiguitos que tiene don Ramón, y eso que parece tan formal.)

Limpiabotas.—Vengan los dos reales, o se arma aquí la gorda.

Pepe.—No te apures, que no los pierdes. Ahí mismo viene don Ramón y él te los paga.

ESCENA XVII

Dichos y DON RAMON, entra enfadado

Ramón.-Cuánto me alegro de encontrarle. (*A Luis.*)

Luis (*Algo sorprendido.*)—Y yo también me alegro tanto. (Vaya una cara que trae este tío.)

Pepe (*Aparte al Limpiabotas.*)—¿Ves? Son amigos; éste te paga.

Ramón.—Conque... se estaba muriendo el tío...

Luis.—¿Qué tío?

Ramón.—Conque... los médicos decían...

Luis.—Pero está loco este hombre... ¿Qué me importa a mí todo eso?

Ramón.—Te importará, bribón, cuando me has venido engañando...

Luis.—Sepa *usté* lo que dice; que yo no he tenido el mal gusto de hablar con *usté* en toda mi vida.

Pepe.—Si no es éste el de la otra vez. Pero creo que da lo mismo..; son de la misma comparsa.

Limpiabotas.—Ya ve usté, también a mí me ha

querido engañar, dándome dos pesetas falsas.

Ramón.—¡Dos pesetas falsas! Eso es intolerable. (*A Luis.*) Ahora mismo nos dice quien es el compañero, o lo pasa mal.

Luis.—Se lo diré, sí, señor; que yo no estoy dispuesto a pagar lo que otro deba. Mi compañero es Gutiérrez.

Ramón.—Gutiérrez... Y ¿qué más?

Luis.—Gutiérrez... ¿Pero no conoce usté a Gutiérrez?

Ramón (*A Pepe.*)—¿Conoces tú a Gutiérrez?

Pepe.—Usted lo debe conocer. Si me ha dicho que era usted algo pariente suyo...

Ramón.—Un primo es lo que he sido.

Pepe.—Justamente... primo, es lo que dijo.

Ramón.—Ya le daré yo la parentela. (*A Luis.*) ¿Y dónde se puede encontrar ahora a ese perillán?

Luis.—Ahí, a la vuelta, en la taberna del Gervasio.

Ramón.—Voy a buscarlo. (*Al limpiabotas.*) Tú, chico, haz el favor de avisar a la policía.

Limpiabotas.—Yo no salgo de aquí hasta que no me paguen los dos reales.

Ramón.—No te apures eso corre de mi cuenta.

Luis.—Así estaba tan generoso el amigo... Vaya señores, salú y suerte... y muchas gracias por todo. (*Trata de salir.*)

Ramón (*Deteniéndole.*)—Ca, hombre; tú esperas aquí al amigo... pues no faltaba más.

Luis.—Es que aquí ya no hago nada, y se me espera en otra parte...

Ramón.—Pues que hagan un poco de tiempo. Ya irás... no te apures. (*Al limpiabotas.*) Vámonos.

Limpiabotas.—Yo vengo pronto. (*Salen Ramón y el limpiabotas.*)

ESCENA XVIII

DICHOS

Pepe.—Ustedes han cenado juntos, y juntos van a...

Luis.—A hacer la digestión; no diga *usté* más.

Pepe.—Se necesita ser fresco.

Luis.—¿Quién? ¿Gutiérrez? Es un bandido... poner a un amigo en el apuro en que yo me he visto...

Pepe.—Serán los dos tal para cual. Dime con quién andas...

Luis.—¿Pero... qué mal he hecho yo?

Pepe.—Comerse la cena de don Ramón.

Luis.—Anda... ¿Y eso es malo? Pues acredita usted bien el establecimiento. Pues para que vea lo que son las cosas; yo creo que es lo mejor que he hecho en todo el día.

Pepe.—¿Le ha gustado la cena?

Luis.—¡Muchísimo! Sobre todo el precio. Soy capaz de abonarme para toda la vida. Puede darle al cocinero la enhorabuena de mi parte.

Pepe.—Así lo haré. (*Se oye ruído en la calle.*) Ya están esos de vuelta.

Luis.—Ahora es cuando se arma.

ESCENA XIX

DON RAMON, GUTIERREZ y Dichos

Ramón. (*Entra empujando a Gutiérrez.*)—Entre usted allá, bribón. ¿Con qué no era nada lo que había pasado comparado con lo que iba a pasar?

Gutiérrez.—Y no le engañé; no señor.

Ramón.—¿Cómo que no me engañó?

Gutiérrez.—Pues claro, lo que me pasó la otra vez no es nada, para lo que me espera ahora.

Ramón.—¡Qué cinismo! Esta noche vamos a dormir en la prevención. El disgusto que me ha hecho pasar. Si me dejaba llevar del genio te comía.

Gutiérrez.—(Cómo se conoce que no ha cenado.)

Ramón.—La sofoquina que me ha dado para nada.

Gutiérrez.—Entonces... ¿prefería usted que hubiese sido cierta la desgracia?

Ramón.—De ningún modo.

Gutiérrez.—Y en pago se atrevió a poner en mis manos una moneda falsa.

Ramón.—Tan falsa como la noticia.

Luis.—Bueno; yo tengo aquí las dos pesetas, por si quieren arreglar cuentas.

Gutiérrez.—A ti si que te las voy a arreglar yo, por charlatán. ¿Eras tú el que tanto te vendías por amigo?

Luis.—Inseparable hasta la muerte.

Gutiérrez.—¿El que sabría corresponder a mis beneficios?

Luis.—Y así lo he hecho. Tú me invitaste a cenar, y yo en agradecimiento...

Gutiérrez.—Me descubres para que me entreguen a la policía.

Pepe.—(Vaya una pareja.)

Luis.—No, hombre. No tomes las cosas por donde queman. Yo al ver que estos señores me preparaban hotel para esta noche...

Ramón.—La cárcel; no faltaba más.

Luis.—Te he mandado llamar, para que participaras de todo. Como ves, no soy egoísta. Me invitas, te invito; así resulta un convite correspondido.

Gutiérrez.—No cabe duda; eres un buen amigo. Yo te dí cena; y tú me das cama. ¿No es esto?

Luis.—Justo.
Gutiérrez.—Lástima de látigo.
Pepe.—No se apure; eso vendrá después.

ESCENA FINAL

LIMPIABOTAS y Dichos

Limpiabotas (*Entrando.*)—Aquí viene la pareja.
Ramón.—Pues pueden irse preparando, para ir a la Inspección de policía.
Luis.—(No hay remedio, dormimos en la *delega.*)
Gutiérrez.—Enseguida; sí, señor. Pero... (*Al público.*)

Antes de irnos al hotel
un aplauso les pedimos;
si ustedes nos lo conceden,
verán qué a gusto dormimos.

El Paragüerito

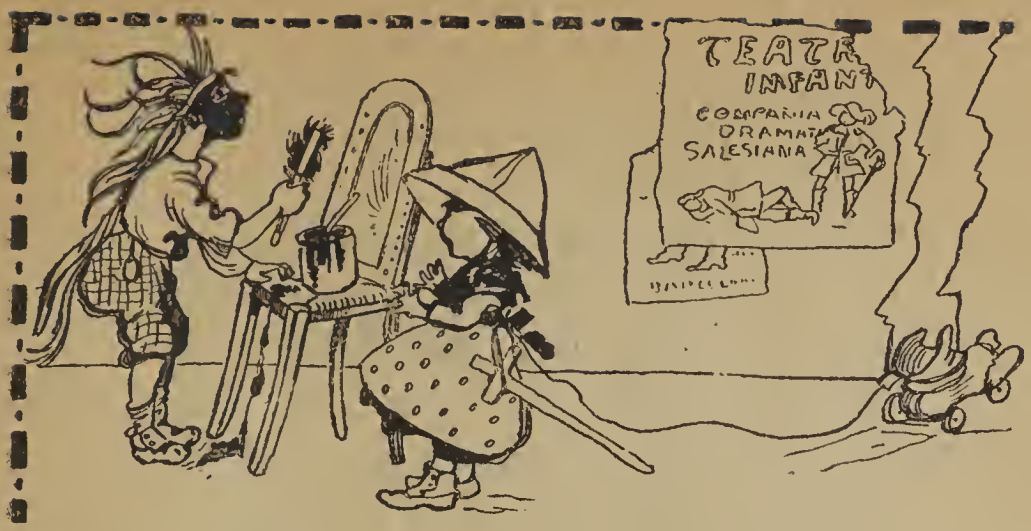
ESCENITA LIRICA
ROMANZA PARA TIPLE

LETRA DE
LORENZO DEL POZO, S. S.

MUSICA DE
«RIBÈ», S. S.

La música del presente libreto véndese
a 2'00 ptas.

LIBRERIA SALESIANA
APARTADO 175



ESCENA UNICA

Arrabales de una ciudad de España

Sale el niño, desarropado y descalcito, con su cajoncito de labor colgado al hombro y una cachabita por apoyo. Simulará estar muy fatigado: apenas llegado, dejará a un lado sus arreos y sentándose sobre ellos o un poyo cualquiera, o bien accionando de pie, como mejor pareciere, cantará «con mucho sentimiento,» tolo lo que sigue:

(*Desde lejos.*) ¡El paragüero!
(*Ya cerquita.*) ¡El paragüerooo!..
Yo soy un pobre paragüerito,
tengo mucha hambre, voy descalcito.
Yo arreglo fuelles y barreñones,
paraguas, valdes y tarterones.
Mis ingeniosas habilidades
doquier pregono a las vecindades,
y ellas se mueven a compasión
al eco triste de mi canción.
¡El paragüero!..
Diez primaveras aún no contaba
y mi Galicia ya abandonaba:
voy por el mundo sin rumbo cierto,
cual pajarillo por el desierto.
Corro ciudades y pueblecillos
(siempre seguido de mil chiquillos)

para ganarme con duro afán
un pedacito negro de pan.
¡El paragüerooo!..
Tras mil arreglos de trastos viejos,
el mes pasado treinta realejos
mandé a mi madre. ¡Madre adorada!
(*Con tristeza.*)
¡Ahora no puedo mandarte nada!
Aunque pregono, sudo y me afano
ningún trabajo me viene a mano:
pues no halla nunca contestación
de mis pregones el triste son:
¡El paragüerooo!..
El cielo muestra su bello manto,
siendo a las gentes de gran encanto:
y eso mi pobre pecho traspasa
pues los paraguas quedan en casa.
(*Poniéndose de rodillas y mirando al cielo.*)
¡Oh Dios! ¡que llueva! y el aguacero
dará trabajo al paragüero:
mas no se cumpla mi voluntad (*Resignado.*)
¡se haga la tuya! ¡Señor, piedad
del paragüero!..
(Recitado. *Mientras el piano sigue suavísimo, él comienza a recitar,* clarito, con mucha expresión mímica, *todo lo que sigue*:)
¡Oh, señor! ¡de mí piedad!
(*Ya levantado mira a todas partes por si alguno, oído su pregón, le quiere dar trabajo*
—Me parece que me llaman...
En efecto: una señora...
(*Acercándose a un bastidor y como hablando con una persona de casa vecina.*)
—¿Qué le arregle su paraguas?

—Corro al instante.
(*Sale y vuelve con un hermoso paraguas.*)
—¡Dios mío!
¡Ya escuchaste mi plegaria!
(*Contento.*)
Ya tengo trabajo y... pan.
(*Examinando el paraguas.*)
—¡Qué lindo y qué..! Mas ¡oh! nada,
nada aquí se ha de arreglar.
¡Si es nuevo... cual si acabaran
de comprarlo...
(*Volviéndose al lado de antes.*)
—¡Señorita!
¡que está nuevo este paraguas!
y se ha confundido...—¿Qué?
—¿Que me llegue hasta su casa?
Pues voy corriendo, señora.
(*Sale y vuelve, sin paraguas y con un sobre blanco.*)
No entiendo lo que me pasa.
Por toda respuesta me ha dado
esa señora una carta.
Veamos. (*Abriendo el sobre.*)
¡oh Dios! ¿qué es esto?
¡Si son monedas de plata!..
(*Hallando un papel.*)
—¡Un papel! ¿qué es lo que dice?
(*Lee.*) «Nunca al bueno desampara
el buen Dios.—Una señora
que ha escuchado tu plegaria.»
(*De rodillas.*)
¡Oh divina Providencia!
¡Gracias, Señor, gracias, gracias!
(Música, *después de haberse desahogado pó-*

nese de pie y muy alegre, canta:)
Merced a tu Providencia,
Señor que estás en los cielos,
pan tendré con suficiencia
y mi madre un alegrón.
Gracias, señor providente,
clama mi pecho sincero,
ya que sois del paragüero
bondadoso Bienhechor.
(*Coge los trastos y se retira medio bailando.*)

TELON

3 0112 098518589

LIBRERIA SALESIANA

APARTADO 175 — BARCELONA

PUNTOS DE VENTA

BARCELONA.—Librería Camí. J. Costa, 64.
«La Hormiga de Oro». Plaza de Santa Ana núm. 26.

BOGOTA (Colombia). — Librería Salesiana. Carrera 5.ª núm. 122.—Apartado número 85.

BUENOS AIRES. (Argentina).—Colegio Pío IX. San Carlos núm. 4050.
Librería de Santa Catalina, Calle Brasil núm. 864.

EL PASO, TEXAS (Estados Unidos).—«Revista Católica».

MADRID. — Bruno del Amo. Editor. Toledo núm. 72.

MEXICO.—Escuelas Salesianas. Apartado número 927. México.
Juan Lechuga, Avenida Hidalgo, 55.
Librería del Sagrado Corazón. Edmundo de la Isla (H), Pino Suárez 55.-Queretáro, México.

MONTEVIDEO (Uruguay).—Talleres de Don Bosco. Calle Maldonado núm. 2125.

SEVILLA.—Librería de María Auxiliadora, Apartado 37.

VALENCIA.—Escuelas Salesianas. Apartado núm. 86.

Al hacer un pedido, consúltense siempre los últimos catálogos y prospectos.